



Seix Barral

Elena Poniatowska

El amante polaco





Seix Barral Biblioteca Breve

Elena Poniatowska

El amante polaco

Capítulo 1

Del kontusz sármata a la presunción versallesca

Si Stanisław se asoma a la ventanilla, la blancura se mete a sus ojos de niño. Es demasiada. Desde varios días atrás todo es demasiado. Un torbellino blanco azota el carruaje y es difícil comprender cómo sobreviven el cochero y sus caballos contra una tormenta que los ataca de frente. Incluso adentro, el frío penetra los huesos, congela las palabras. En invierno, Polonia, tan cerca de Rusia y Prusia, solo puede atravesarse en un trineo que raya el hielo. La nieve enceguece, es una mortaja. «No la mires, quemla la retina», advierte Konstancja, su madre. Los copos caen cada vez más aprisa. El niño solo ve nieve, oye nieve, come nieve, respira nieve, su cuerpo tiritita, la escarcha pica su cuello, sus hombros, sus orejas; sus manos son dos hielos que a nada responden, los diez dedos inútiles aguardan tiesos sobre el regazo porque la nieve atraviesa su ropa y congela la piel. Las palabras de Konstancja también se paralizan al ir de ella a su hijo: «Stasiu, tápate la boca, el cuello. Ya vamos a llegar a Wołczyn».

¿Qué les sucede a los niños que como Stanisław no saben lo que es el crepúsculo porque en su país el día es interminable? ¿Qué les sucede si solo pueden conocer la noche en un abrir y cerrar de ojos?

El coche entra a Wołczyn y, ya en la sala, frente a la chimenea, Stanisław pregunta:

—Mamá, ¿qué es la patria?

Konstancja abre la ventana y le señala la tierra.

—¡Esto! ¡Mira para allá! —La madre habla como si le arrancaran un pedazo del cuerpo—. ¿Entiendes, Staś? —Levanta la voz—. Los campos que ves allá afuera son tu tierra.

Konstancja Czartoryska es frío y calor, luz y sombra, dolor y placer, amor y desazón, causa y efecto. A diferencia de sus hermanos, y más tarde de sus hijos, su vanidad no se centró en la apariencia, porque ya de por sí sus hermanos, orgullosos de su belleza, no le quitaron los ojos de encima y la celaron desde antes de su presentación en la corte. En una de las recepciones en Varsovia, Konstancja vio a un hombre pálido recargado contra un muro del salón de baile cuyos ojos la asaetearon. Bajo un candil de dieciocho velas, la miraba con una intensidad que la quemó. Ningún hombre la había mirado así. «¿Quién es?», preguntó a August, su hermano mayor. «El conde Poniatowski».

Apoltronado entre sus libros, después de veinte años de casados, el viejo Stanisław Poniatowski, quien le salvó la vida al rey Carlos XII de Suecia en la batalla de Poltava, sigue mirando a su mujer como el primer día. Konstancja se enamoró de ese extraordinario soldado porque, en vez de celarla como los demás, la observaba

sin hablar, como todavía lo hace cuando, arrobado, deja un libro abierto sobre sus rodillas y la contempla sin decir palabra.

—Polonia, hijo mío, es inmensa y va del Báltico al Mar Negro, del corazón de Prusia al corazón de Rusia. ¡Somos el imperio más vasto!

—Entonces somos muchos países, somos Rusia y somos Prusia y somos Austria y somos Suecia y somos...

—No —corrige Konstancja—, somos Polonia. Tú solo llevas dentro de tu corazón a Polonia...

En invierno, Wołczyn es un infierno blanco.

Invierno, infierno.

Los víveres escasean. El vodka hace olvidar el frío, también la col y el betabel convertidos en una sopa roja e hirviente. Como la hormiga en la fábula de la cigarra, durante el verano, Konstancja ordena a sus sirvientas cocer a fuego lento frutos que serán las confituras y conservas del próximo invierno.

—¿La nieve tiene animales adentro, mamá?

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque llora...

Si sus hermanos están ausentes, Stanisław permanece frente a la ventana viendo caer los copos hasta que se cierran sus ojos de miope.

—¿En Rusia cae la misma nieve?

—Cae más. En Rusia todo es más.

—¿Y en Francia?

—En Francia, en Inglaterra, en Austria, en Prusia, en todas partes cae nieve.

—Entonces somos lo mismo.

—No. Polonia es solo Polonia.

—Si amo a Polonia y como con la boca abierta, ¿soy una mala patriota? —Ironiza la hermana mayor, Luiza, quien se atreve a interrumpir a su madre.

—No, ordinaria, hija mía.

Si el padre de familia regresa temprano, les pide a sus hijos: «Canten. ¿Por qué no cantan?».

Resulta ser que, a los trece años, en 1690, Poniatowski padre viajó a Viena a estudiar música, alemán y francés, pero muy pronto canjeó la música por la carrera militar al lado de Michał Sapieha, quien se convirtió en su protector. En la batalla de Poltava, salvó la vida del rey de Suecia y habría seguido combatiendo si no hubiera descubierto, a los cuarenta y cuatro años, a Konstancja Czartoryska.

Por eso hacer la guerra es religión en Wołczyn, y la formación militar, un sacramento.

«Tú tienes que ser un gran soldado como tu padre».

Konstancja viste a Stanisław con el traje sármata, el *żupan* escarlata y lo obliga a abotonarse una infinidad de minúsculos botones dorados. Sobre la camisa larga lleva el *kontusz* que lo protege del frío con su forro de piel de astracán. Al niño le gusta su pantalón ancho recogido en los tobillos, lo demás le estorba.

Elżbieta Morszczyń, la abuela materna, tampoco aprecia la moda sármata: «No lo vistas a la polaca, se ve incómodo con el *kontusz*».

El niño tiene tendencia a enfermarse. Konstancja lo cuida más que a los demás.

—¿Sabes cuál es la más grande de las virtudes, Stanisław?

—Sí, la paciencia.

Stanisław es un niño a la espera, imposible que se manifieste, a diferencia de sus dos hermanas, Luiza e Izabella, que le reclaman a su padre: «Wołczyn es una tumba. Nos estás enterrando en vida. ¿Cuándo nos llevarás a Varsovia?».

En la noche, Konstancja lee en voz alta. Sigue las reglas de Elżbieta, su madre, a la que su educación en Versalles hizo superior y afirma que los mejores hombres son los poetas: «Si lees una poesía cada noche, tu vida será otra», dice en la mesa.

Solo los hijos mayores tienen la fuerza de abrir la puerta cerrada por una montaña de nieve para salir del palatinado de Brześć, en el que su feudo lleva el nombre de Wołczyn. Ahí, bajo los árboles del parque, juegan a la batalla.

—¿Qué ves, Stasiu?

—Busco a los venados.

Cuando su padre, el conde Poniatowski, levanta la vista y ve a Stanisław mantenerse de pie durante horas frente a la ventana, lo atenaza una cierta aprehensión por su futuro. A lo mejor, Konstancja sabe cuál es, pero no lo dice. Son ocho hijos. Luiza e Izabella tienen que hacer un buen matrimonio. Kazimierz, el mayor y más egoísta, quien ama el arte, el lujo, la intriga y el abuso, será chambelán de la corona. Aleksander, el favorito del padre, muere en Ypres a los diecinueve años; lo mismo que Andrzej, menor que Stanisław, quien también muere muy joven. O el clero o el ejército. Michał, el menor de todos, también ambicioso, ama la buena vida y por eso su destino es el clero. Franciszek, nacido en 1726, arrodillado junto a su madre a la hora del rosario, morirá de epilepsia en un seminario en Francia. Luiza,

la mayor, se unirá en matrimonio a Jan Zamoyski, palatino de Podolia, y nunca dejará de ser impertinente. Izabella, nacida en 1730, se convertirá en una Branicka a sus dieciocho años.

—¿Por qué tengo que casarme con un viejo de sesenta años? —Se rebela.

—Porque eres mujer.

Por lo pronto, Luiza es la que más consiente a Stanisław, a quien Konstancja dio a luz el 17 de enero de 1732. Su madre las educó virtuosas, responsables, conscientes de su linaje, pero por el momento solo son rebeldes.

En sus *Memorias* escritas en francés —porque es la lengua de las familias ilustradas—, Stanisław afirma que, desde los tres años, su madre se ocupó de su educación: «No solo me enseñó la mitad de las cosas que enseñan maestros y mentores, sino que se aplicó a darle a mi alma una fuerza austera y una elevación que me alejó del modo de ser de los demás niños, pero también causó varios de mis defectos. Me colocó por encima de mis compañeros [...] Así me convertí en un pequeño ser que parecía muy orgulloso [...] A fuerza de buscar gente perfecta, me quedé solo, y los que se creían despreciados me procuraron la molesta distinción de tener enemigos desde los quince años. En cambio, mi forma de ser me preservó de todo lo que las malas compañías tienen de contagioso [...] Contraje y conservé antipatía por toda falsedad, pero tuve demasiada antipatía —en vista de mi edad y de mi posición— por todo lo que me enseñaron a juzgar mediocre o plano.

»Cuando cumplí doce años tuve serias inquietudes teológicas sobre el libre albedrío, la predestinación y el error de los sentidos; desconfié a tal grado de lo que

es la verdad —según los demás— que estuve a punto de enfermar. Todo lo ponía yo en entredicho. Siempre recordaré la manera tan sabia en que el padre Śliwicki me sacó de mi angustia. Tuvo el sentido común de no llevarme inútilmente por la vía del silogismo. Se limitó a decirme que era normal que dudara de todo y que si yo descreía no era mi culpa porque Dios es suficientemente grande como para aceptarlo. Así me liberó de la inquietud y del sufrimiento».

El profesor de esgrima acusa a su discípulo:

—Stasiu es distraído, no le importa ganarle al enemigo, se distrae, no le interesa la clase.

—¿Cómo es posible? —Se enoja el conde Poniatowski—. Sus hermanos son extraordinarios espadachines.

La guerra es esencial en la vida del conde; como muchos polacos, solo piensa en ganar la guerra.



—Cochinas judías —nos grita una mujer que levanta sus dos brazos para tender las sábanas en la azotea al lado de la casa que mamá alquiló en la calle de Guadiana, casi frente al Hotel María Cristina, en la colonia Cuauhtémoc de la Ciudad de México—. ¡Cochinas judías, regrésense a su país!

—Nos trajo la cigüeña de París —replica mi hermana, quien no se arredra ante nada.

—¿Cuál será nuestro país? —le pregunto inquieta.

—¡Ay, hombre, cualquiera!

A los diez años, mi hermana me llama *hombre*, *mula* o *mana* (*manita* cuando está de buenas). Lo que más le gusta es *mula*.

Llegamos de Francia a México en 1942. Nos despedimos de un papá uniformado de caqui en la estación del tren de Toulouse, que nos llevaría a Bilbao a embarcarnos en el Marqués de Comillas. Mi hermana de nueve y yo de casi diez años actuamos para él, en el andén, a Hitler y a Mussolini. Ella, alta y delgada, es Hitler; yo, Mussolini. Terminamos en el suelo, la lengua de fuera y los ojos cerrados porque nos matamos después de pegarnos y cantar una canción subversiva cuyas palabras he olvidado. ¡Qué lástima! Papá sonrió, pero en realidad se preguntaba si volvería a vernos. Ese mismo día, después de dejarnos en la estación, salió a Pau, para de allí atravesar a pie los Pirineos y alcanzar a De Gaulle en África. En Jaca, España, lo encarcelaron cuarenta días.

En el Marqués de Comillas rumbo a México, nunca imaginamos que él pudiera estar en la cárcel comiendo con una cuchara de palo.

No sabía yo que mamá era mexicana.



Stanisław Poniatowski, padre de Stanisław.